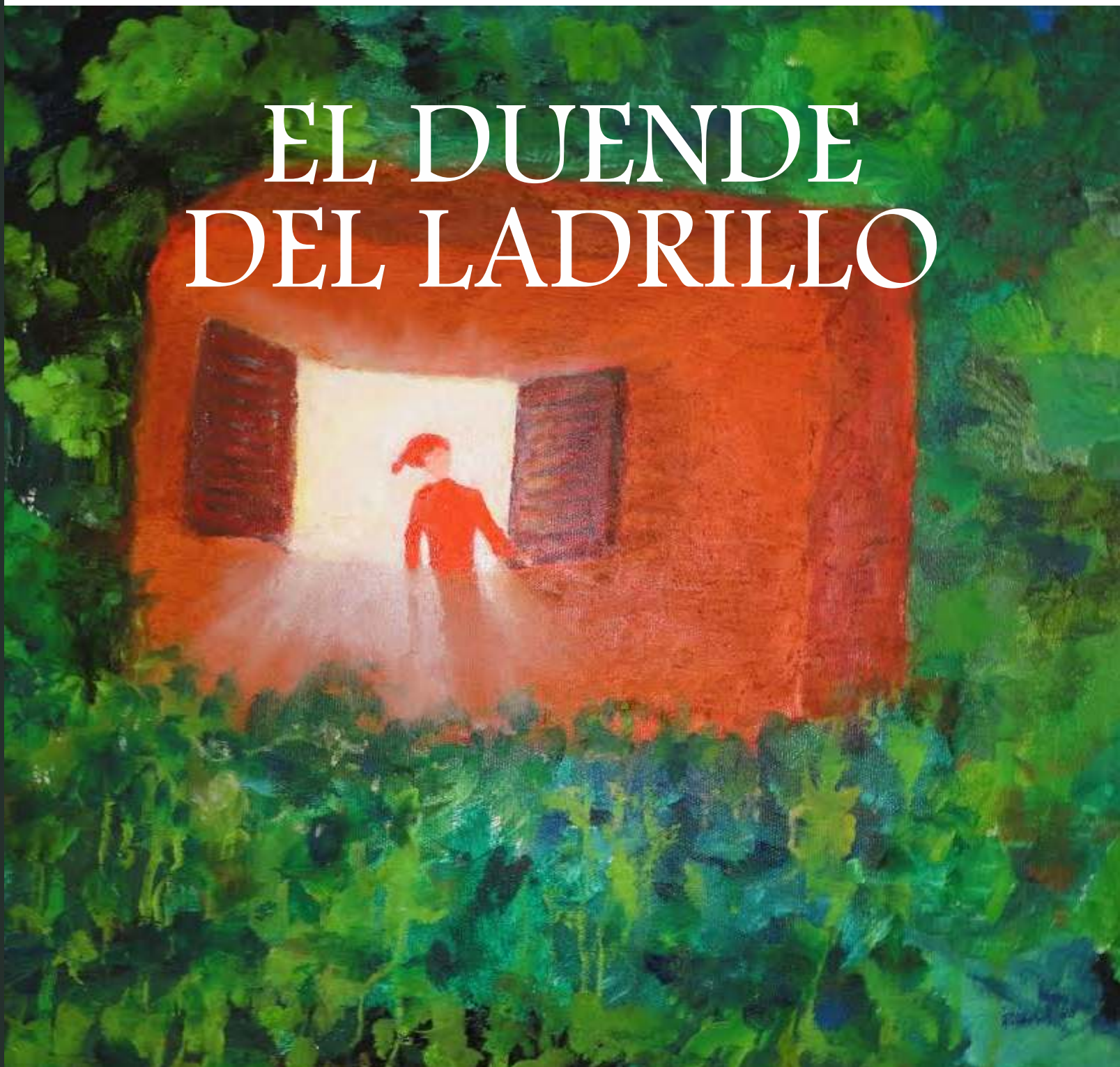


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL DUENDE DEL LADRILLO



Fernando Olavarría Gabler

149



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL DUENDE DEL LADRILLO

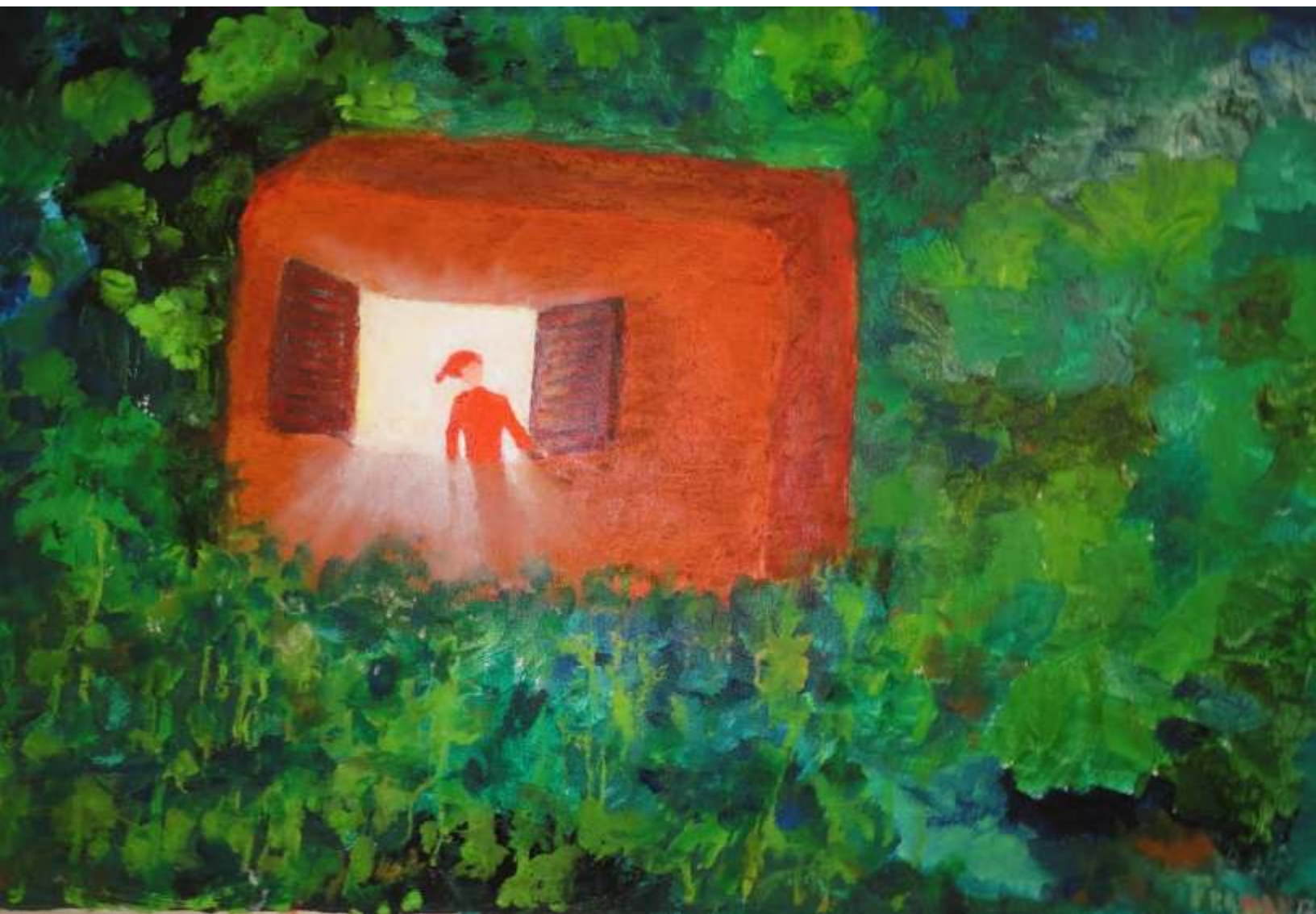
Fernando Olavarría Gabler



*H*an visto un jardín descuidado? ¿Qué nadie lo riega y las flores están secas? Pues ese es el jardín de este cuento. Los dueños de esa casa se fueron a vivir a Europa y habían dejado a un matrimonio para que cuidara su mansión. Él había trabajado como chofer y ella como empleada de hogar. La casa, por dentro, estaba flamante, con los ventanales limpios, el piso encerado y los cortinajes sin telarañas, pero el jardín, nadie lo cuidaba. Era un jardín silvestre lleno de maleza y los arbustos se mantenían con vida por el agua de las lluvias. En el centro de este jardín solitario, había un ladrillo. ¿Quién lo puso ahí? No sé, pero estaba allí, afirmado en el suelo por unos de sus cantos.

Un duende, que vivía en la biblioteca de una casa vecina, decidió irse a vivir al ladrillo. Cuando vio a un pajarito que llevaba una pequeña rama en su pico y a los negros troncos de los árboles les estaban saliendo brotes verdes, comentó: Está llegando la primavera, tengo deseos de cambiar de domicilio. Sacó varios libros de su predilección y una noche saltó la muralla y se instaló en su nuevo hogar. ¿Cómo lo habilitó? Los duendes tienen cinco mil años de experiencia aquí en la Tierra. Eso no fue un obstáculo para él. Adentro, surgieron todas las habitaciones que necesitan los duendes y de iluminación, una luz potente para leer sentado en un sillón, frente a la ventana. La luz era demasiado fuerte; salía por la ventana y alumbraba parte del jardín que estaba cerca del ladrillo. Y así es

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



como tenemos a nuestro duende leyendo cómodamente en su nuevo hogar: A “Tarzán” de Edgard Rice Borroughs, “Las aventuras de Buffalo Bill” y “Veinte mil leguas de viaje submarino” de Julio Verne. Pero, ¿Cómo pudo meter los libros dentro del ladrillo? Es de todos sabido que los duendes esconden las cosas ¿cómo lo hacen? Las disminuyen de tamaño hasta hacerlas imperceptibles a los ojos humanos. Unas gafas las pueden achicar hasta el tamaño de un grano de arena y el dueño de ellas no las puede ver. Nuestro duende disminuyó el porte de los libros y pudo entrar con ellos al interior del ladrillo.

Una noche llegó un caracol al alfeizar de la ventana. Lo había atraído la luz que salía por la ventana. Dormía de día encerrado en su concha y en la noche vagaba entre los tallos en busca de una hoja apetitosa y nutritiva. Observó con sus ojitos pedunculados y se dio cuenta de que había perdido el rumbo en ese postigo. El duende lo vio y después de escucharlo, que andaba en busca de una buena comida, le sugirió no permanecer mucho tiempo allí porque al amanecer podría ser aplastado cuando él cerrara los postigos. El caracol respondió que estaba de paso, que lo había atraído la luz y que inmediatamente, a gran velocidad, bajaría hasta la maleza. Esperaba que esta veloz carrera contra el tiempo- calculaba él- finalizaría antes que saliera el Sol.

Pues, apresúrate, le dijo el duende, y por favor, no me dejes baba en el postigo porque no tengo el hábito de limpiar ventanas.

Partió el caracol muy disgustado y su corazoncito de una aurícula y un ventrículo latía rápidamente. Este señor me exige demasiado, dijo el caracol, me prohíbe que segregue baba cuando camino y no sabe que ésta me sirve para amortiguar las asperezas en mi recorrido. Me preocupa esto porque me puedo raspar el vientre al no poder evitarlas.

Nuestro duende continuó leyendo y al amanecer se quedó dormido. Despertó sobresaltado porque oyó un ruido afuera, similar a un maullido de gato, y era un gato. Iba atrasado a una cita que se habían dado los muchachos gatos del barrio para conversar en el tejado de una casa vecina, comentar las novedades del mes de Agosto y repartirse los datos de las gatas que estaban enamoradas. El duende cerró los postigos bruscamente y el chasquido le llamó la atención al micifuz. Se aproximó al ladrillo y le dio al postigo un cauteloso zarpazo. Como el duende, con el apuro, había olvidado ponerle cerrojo, este se abrió, el gato vio la ventana y la confundió con una madriguera de ratón.

Metió una pata para saber qué había adentro pero solamente sacó una pequeña alfombra y un cojín. No encontró al duende porque estaba agazapado en uno de los rincones. El gato siguió su andar y nuestro amigo duende dio un suspiro de alivio. Siempre estos señores gatos me confunden con ratones, comentó. Pero la fiesta no había terminado. Trotando y con la nariz gacha, olfateando la maleza, apareció un perro. Se acercó al ladrillo y estiró la pata con

la intención de marcar el recorrido. El duende se asomó por la ventana y le gritó que no fuera insolente

-¿A qué has venido maleducado?

-Por aquí anduvo un gato- respondió el can-. Si lo encuentro lo mato.

-Estás perdiendo el tiempo, dijo el duende. El gato hace mucho rato que se fue de aquí.

-Pero dejó su olor.

-Dime ¿Por qué se odian tanto los gatos y los perros?

-Eso es una enemistad muy antigua, replicó el perro. Pienso que mis antepasados se alimentaban de liebres, conejos y gatos. ¿No encuentras que son similares? Son tontos, merecen ser cazados y comidos.

-No estoy muy de acuerdo, dijo el duende. ¿No has notado que tienen diferente olor?

-Es cierto pero me da lo mismo. Esos gatos, cuando están en peligro, se encaraman a las paredes o se suben a los árboles. Nosotros somos más finos. Cuando tenemos miedo, echamos a correr con la cola entre las piernas y así evitamos que la corten de un mordisco.

-No es muy fino, cuando se tiene miedo, correr con la cola entre las piernas- observó el duende.

-Mira tú ¿no es ridículo, de parte de ellos, que lloren como

bebés cuando están enamorados? Esas cosas me ponen furioso. Salto para alcanzarlos pero ellos están muertos de la risa arriba de un tejado observando como mis saltos son inútiles.

-Bien, bien. Olvida este embrollo y vuelve donde tu amo. Supongo que tienes un amo ¿no? ¿Cómo llegaste hasta aquí?

-En las mañanas, cuando la empleada sale a barrer la vereda, yo me escurro entre sus piernas y voy a “patiperrear”. Es el truco de siempre. Cuando regreso, me abren la puerta y recibo un escobazo en las ancas. Pero yo quiero a la empleada. Ella me da de comer todos los días. Adiós duende.

Nuestro duendecito no tuvo nuevas visitas en su ladrillo. Hasta que una noche...

Apareció un ratón.

-¡Hola! ¡Compañero de la vida! Te saludo y te traigo una excelente noticia.

-Es el saludo de un ratón impertinente- respondió el duende ¿Cuál es la noticia?

-Acaba de llegar y está atracado en el muelle, un barco triguero. ¿Te imaginas? ¡Cantidades enormes de trigo! ¡Todo en las bodegas! La noticia ha provocado gran alegría en la colonia de ratones y esta noche hemos decidido tomarnos el barco.

-¿Quieres ir con nosotros?

-Tengo que pensarlo- dijo el duende.

-Piensa rápido- dijo el ratoncito, porque varios de los nuestros ya han partido. ¿Tienes un abrigo o un impermeable gris? Pues, pónitelo y sígueme. Apúrate.

No sé la causa por qué el duende le hizo caso al ratón. ¿Estaba aburrido en su nuevo hogar, el ladrillo? Lo ignoro. Probablemente el ratón reactivó el espíritu de aventura del duende. Espíritu que llevamos todos en un rincón de nuestra alma. Corrió el duende al ropero, se puso un impermeable gris y se sacó el gorro rojo de la cabeza.

Y ahí tenemos a nuestro duendecillo disfrazado de ratón, corriendo junto con centenares de ratones hacia el Puerto. Se desplazaban por el ángulo recto formado por las paredes verticales y la vereda. Era una trayectoria que los protegía de ser avistados.

Y llegaron.

La noche estaba oscura. Sin Luna. Treparon en fila india por una amarra. Llegaron a la mitad de su recorrido y se dieron cuenta de que los humanos habían colocado unos discos de latón que les impedían continuar avanzando. Pero el duende organizó una torre ratonil compuesta por un ratón encima de otro y así, saltando a través de la torre, pudieron vencer el obstáculo.

Algunos cayeron al agua. No importa, sabían nadar, y eran muchos. De inmediato ubicaron una bodega de trigo y se instalaron en ella. ¡Qué felicidad sentían los ratones! No así el duende ¿Por

qué? Porque los duendes no comen trigo. Después de unos días de navegación tuvo hambre y estaba aburrido. Decidió ir en la noche a la cocina y alimentarse de lo que encontrara allí. Aminoró su indecorosa acción, fregando unas ollas, dejándolas muy limpias y relucientes.

Pasaron varias semanas y como no tenía con quien conversar, lo hizo con su amigo el ratón, el que lo había invitado a viajar. Abordaron varios temas. Entre ellos, el origen de sus enemigos, los gatos. Tengo entendido- dijo el duende- que ustedes son los causantes de que los gatos convivan con los humanos. Así es, respondió el ratón, nuestros antepasados se habituaron muy bien en los graneros que tenían los egipcios, y éstos, para defenderse de nosotros, decidieron domesticar a los gatos salvajes y apareció el gato doméstico, eso, hace cuatro mil años humanos. Esta costumbre de los egipcios, de intentar domesticar a todo animal salvaje que se le presentara delante de ellos, la considero una tontería; el gato era uno de los preferidos y lo transformaron en un dios. Un desatino ¿No crees tú, duende?

-No creo. Porque ustedes le comían el trigo en los graneros.

-Está bien, deberían haber considerado al perro. El perro tiene amo, es fiel, obedece y quiere a su dueño pero, el gato, el dueño cree que ha adoptado al gato y no es así. El gato ha elegido la casa y ha adoptado a los dueños para que le den de comer. Duerme de día en lugares privilegiados del hogar y sale de noche a sus aventuras.

Regresa cuando le da la gana y los dueños de casa lo miman y le dan leche descremada.

Dicen: “Gatito regalón, ¡qué maravilla! se come a los ratones”
¡Qué asco!

Pasaron los días y el buque llegó nuevamente al puerto donde se había embarcado el duende. ¡Qué felicidad! El duende no pudo esperar más; antes que saliera el Sol se lanzó al agua y nadó hacia una escalinata que había en el muelle. Corrió rápido por veredas y calles hasta que llegó donde estaba la casa con el jardín descuidado y el ladrillo, pero grande fue la sorpresa, ya no había casa, ni jardín ni ladrillo. Ésta se había vendido y en el sitio habían construido un edificio de veinte pisos.

¡Qué desilusión!

¿Qué haré?, se dijo el duende.

Nosotros, los duendes, vivimos en las casas de los humanos o en los troncos de los árboles de un bosque. Si no tengo bosque a la vista me iré a vivir a una casa, y se fue a la casa que tenía una biblioteca. Allí disfrutó nuevamente de la lectura. Además de las obras clásicas encontró otras de autores contemporáneos. Le agradó mucho las aventuras de un niño pelirrojo, perteneciente a una obra titulada “*Las Asombrosas Aventuras de Federico y Otros Cuentos Maravillosos*” y otra, del mismo autor, “*Cuentos para entretener el Alma*”.

El duende se instaló y vivió feliz en la casa que tenía la biblioteca y no echó de menos su antiguo hogar que había abandonado. Y así, como desapareció el ladrillo, así también toca a su fin este cuento del duende, que había cambiado sus buenos hábitos de lectura en una biblioteca, por un ladrillo.



-María Elisa ¿Cómo te pareció el cuento?

-Muy bueno pero, con gusto a poco. Apenas me presentaste al duende, éste se despidió de mí. Pensé que iba tener más aventuras.

Después del comentario de mi sobrina María Elisa, decidí continuar la narración...



El duende del ladrillo continuó feliz leyendo libros en la biblioteca. Pasó el tiempo y llegaron los dueños de la casa que en su jardín abandonado tenían un ladrillo. Compraron otra mansión y se fueron a vivir en ella, y el duende, al saber esta noticia (dada por los

ratones), quiso ir a visitarla y saludar a sus dueños. Llegó en la noche y el dueño de casa no lo vio entrar porque se había quedado dormido y su esposa tampoco lo vio ¿saben ustedes por qué? Porque la gente adulta no ve a los duendes y, peor aún, la mayoría no cree que los duendes existen. Así que, por más que el duende saltaba encima del cubrecama y se deslizaba por la almohada hacia abajo como un tobogán, pasó inadvertido. Entonces le gritó al oído al señor conde (porque el dueño de casa lo era) y el señor conde despertó y reprendió a su mujer por haberlo despertado con esos gritos bastante estridentes.

-¿Qué te pasa -le dijo- ¿Por qué me has despertado con agudos gritos?

-Yo no te he gritado, ni menos hablado, respondió la condesa, y como era un poco sorda, no había escuchado nada, y ambos apagaron las luces de sus lámparas de velador y se quedaron dormidos. Esto aprovechó el duende para deslizarse por el cubrecama hacia el suelo y decidió visitar la cocina para ver si podía comer algo, porque estaba con hambre. Durante bastante rato estuvo recorriendo varios aposentos. Llegó a un lujoso salón, y después de cerciorarse de que no había ningún gato por ahí cerca, corrió hacia el comedor y de ahí a la cocina. Ésta era inmensa y estaba provista de toda clase de alimentos, de especial gusto para duendes y ratones. Abrió un paquete con biscochos y empezó a

comer apresuradamente. En eso estaba cuando sintió unos golpecitos en la espalda. Se dio media vuelta con gran susto y ¿saben quién estaba allí? Su amigo el ratón. Ese mismo que lo había convidado a viajar.

-¿Qué andas haciendo por estos lados camarada?

-En primer lugar, no soy tu camarada y tal vez, apenas tu amigo, respondió molesto nuestro duende.

-Bueno, no te enojés. Tengo unos datos que te pueden ser muy útiles, si has decidido establecerte aquí. Conozco muy bien el recorrido de todas las madrigueras de ratones en esta casona. Sus laberintos, sus agujeros de salida y entrada. Los túneles los sé a la perfección, a donde llegan y sus comunicaciones. Si tú deseas podemos visitarlos y recorrerlos. También podrías elegir una madriguera para alojarte los primeros días de estadía.

-Gracias ratón, te agradezco. En realidad tengo dudas de vivir aquí y tengo bastante tiempo por delante para decidirme pero ahora estoy muy cansado y con sueño, así que me iré a dormir a un frasco de mermelada sin tapa y vacío, que divisé en la alacena y como tiene paredes de vidrio, estaré alerta si llega algún gato o un humano inoportuno.

El ratón se despidió de su amigo, con un adiós, nos veremos mañana, y desapareció al entrar a un agujero, detrás de un mueble.

Nuestro duende trepó por la alacena y se introdujo al frasco sin

tapa. Ahí se sintió seguro porque estaba muy arriba; con la pared de su dormitorio transparente y circular, podía dominar con su vista toda la cocina.

Aprovechó para servirse el postre porque descubrió que quedaban restos de mermelada de frambuesas rezagados en el fondo del frasco. ¿Se quedó dormido nuestro duende? No. Porque los duendes no duermen de noche, y algunos no duermen ni de noche ni de día. No duermen nunca. Solamente trabajan de noche lavando ollas y sartenes y descansan al atardecer. Así que el nuestro se puso a meditar. Pensó que quizás había sido algo duro y desdeñoso con su amigo el ratón, sin embargo, a pesar de ser sumamente confianzudo, era siempre amable y servicial. Seré más cordial con él, pensó el duende, en realidad, a pesar de que es de una categoría inferior, no debo comportarme tan orgulloso delante de él. También pensó en muchas otras cosas, entre ellas, por qué cambiaba tan a menudo de domicilio o por qué los duendes tienen que limpiar siempre ollas y sartenes en vez de elegir un trabajo más fino, digno de su especie. En cambio los elfos, que habitan en las flores y se alimentan de su néctar, tienen una actuación más delicada. Pensó también: “La inapropiada longevidad de los de mi raza ya que nos encariñamos con los humanos porque convivimos con ellos. Pero los humanos viven muy poco tiempo. Algunas decenas de años y nosotros tenemos que presenciar y entristecemos cuando mueren”. También

pensó en lo difícil de su especie el de encontrar pareja. Como consecuencia de ello: “Los duendes cada vez estamos más escasos y tenemos solamente un hijo. Por estos motivos somos paulatinamente menos, a pesar de que vivimos cuatro mil a cinco mil años. Una larga edad, no nos favorece.” En esas cosas estaba pensando, cuando llegó la mañana. Se iluminó el cielo con una tenue luz verde y cantó un gallo. Es hora de partir, se dijo nuestro duendecillo, al salir fuera del frasco. Se deslizó por el borde de la alacena y llegó al piso. Detrás de un mueble descubrió un agujero por donde se había ido el ratón, y se introdujo en él.

Caminó por varios túneles y no encontró al ratón. En uno de ellos llegó a la despensa y grande fue la sorpresa al ver a su amigo que había sido apresado por una mortal trampa. El pobre yacía inerte con el cuello aplastado. Otro camarada que se va, pensó el duende, y sintió pena, mucha pena, porque no había tenido la ocasión de darle disculpas por su comportamiento arisco. Unas gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas

A la noche siguiente decidió abandonar la casona y se dirigió al jardín.

Estaba caminando por un prado de flores, llamadas “alegría del hogar”, cuando escuchó a alguien que cantaba. Era una voz delicada, dulce, y femenina. Entusiasmado, avanzó por entre los tallos de las flores y se encontró ¿Sabén con quién? ¿Se imaginan?

¡Con una duenda! ¡Qué maravilla! ¿Han oído hablar, mis queridos lectores, del amor a primera vista? Ella era bellísima y más pequeñita que él. Extremadamente grácil y femenina. Nuestro héroe se puso torpe, se le cayó el gorro al suelo y empezó a hablar tonterías; la duendecilla se puso a reír. Era una risa encantadora que puso más tonto a nuestro amigo; en esos momentos tenía la cara tan colorada como su vestido.

No explicaremos el noviazgo. El hecho es, que se tomaron de la mano y se fueron a vivir a la mansión de los condes. Fue un matrimonio feliz, porque las duendas son muy escasas y es una suerte encontrar una, por lo tanto el marido la cuida como a una joya y la duenda trata a su marido como a un hijo regalón, lo mimaba y le perdona todas sus torpezas y errores. Se ríe de sus ineptitudes y lo corrige con cariño y firmeza. Así también tratan a sus hijos (generalmente es uno solo) y el duendecillo crece hasta llegar a la adolescencia, que se cumple a los mil años de edad. A esa edad se aleja de sus padres y queda en plena libertad durante cuatro mil años a no ser que se encuentre con una duenda y se case con ella.

Al matrimonio le nació un hijo, y le pusieron el suntuoso nombre de Crispín. Así se llamaba su abuelo, su bisabuelo, su tatarabuelo y los demás que los antecedieron (que no sé cómo llamarlos), (creo que al papá del tatarabuelo le dicen “chongo”).

Crispín nació en la casa de los condes. El parto fue atendido

por su padre que tenía una larga experiencia en estas cosas porque durante innumerables años había asistido a partos de ardillas, liebres, conejas, lauchas, zorras, comadreas, zarigüeyas, etcétera, etcétera, y también el parto de una serpiente pitón porque ésta no pone huevos sino que pare a sus hijos.

Crispín nació muy bien e inmediatamente transmitió una gran felicidad. No hubo necesidad de ligarle el ombligo porque los duendes no tienen ombligo. A los pocos días estaba correteando por los salones de la mansión.

Los domingos venían de visita los hijos de los condes y llegaban con los nietos. Esto aprovechaba Crispín para jugar con ellos. Como los nietos traían juguetes, Crispín hacía de las suyas. Se introducía dentro de la muñeca de una de las nietas y la muñeca gritaba, reía y cantaba con voz de duende. Esto provocaba gran felicidad a la dueña de la muñeca y extrañeza a los papás de la niña porque tenían bien claro que no habían comprado una muñeca con esas cualidades.

El carro bomba del nieto empezaba a correr velozmente en el salón principal y hacía sonar la sirena. El nieto corría detrás del carro riendo y gozando con las vertiginosas carreras de su juguete. Era Crispín el que empujaba el carro pero nadie lo veía. Solamente el nieto lo veía porque era un niño, los niños pueden ver a los duendes y juegan con ellos. Los soldados del condesito estaban

puestos en una perfecta formación y súbitamente algunos se desplomaban al suelo, simulando que habían caído en el combate sin que nadie los tocara. Esto lo había visto la abuela condesa y quedó muy extrañada y confusa.

Un domingo había invitado a tomar té a varias de sus amigas y en la conversación comentó ese hecho. Una de las amigas interpretó que, probablemente en la casa recién adquirida, había duendes y éstos se divertían con esas cosas ¿no se te ha perdido algo y al día siguiente lo encuentras?, son los duendes. Otra amiga comentó que los duendes no existen. Cuando una se va poniendo vieja, se olvida donde dejó las cosas y le echa la culpa a los duendes. Eso no le cayó muy bien a la condesa porque era una insinuación de que estaba envejeciendo.

Pasaron los días y el nieto le preguntaba a sus padres, cuándo iban a visitar a los abuelos, para así poder jugar con Crispín. ¿Quién es Crispín? Preguntaron extrañados los padres, y el chiquitín expresó que era un niño igual a él, pero era pequeñito. Tenía un gorro en la cabeza y jugaba con sus juguetes en la casa de los abuelos. Bueno, tendrás que presentarnos a tu amiguito cuando vayamos a casa de los abuelos, dijeron los padres. Pero fue imposible porque sabemos que los adultos no ven a los duendes. Más aún, no creen en ellos.

Llegó el domingo y el nieto llevó su carro bomba que empezó

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



a correr a gran velocidad a lo largo y ancho del salón. El niño reía y corría detrás de su juguete. ¡Qué extraño! Dijeron los padres, porque sabían que el carro bomba no tenía cuerda ni pila eléctrica que lo moviera. ¡Preséntanos a Crispín!, le gritó el papá, y el hijo respondió ¡Ahí está!, frente a ti, empujando la bomba.

Es pura imaginación, le dijo el papá a su esposa y se quedaron tranquilos... Hasta que el carro tomó una velocidad vertiginosa y chocó con una pequeña mesa que tenía como adorno un antiguo jarrón chino. Cayó el jarrón y se hizo pedazos en el suelo. Los papás quedaron muy compungidos. Era un jarrón de la dinastía de los Ming. El papá lo recordaba desde su infancia. La abuela condesa dijo que no importaba. Lo iba a enviar a un restaurador que ella conocía y todo quedó en nada. Vino la calma pero no vino en la familia de los duendes. El papá amonestó a Crispín. “Nosotros los duendes, no utilizamos las cosas de los humanos para hacer destrozos - dijo airado -. Nosotros hacemos cosas útiles. Limpiamos los platos, ollas y sartenes hasta dejarlos bruñidos, para así aliviar el cansancio de las dueñas de casa y también... Basta, interrumpió mamá duenda. Nuestro hijo no lo hizo con mala intención. Es que todavía no regula los movimientos de sus brazos y piernas. Cuando cumpla cien años ya no va a correr desenfrenadamente con los juguetes sino va a esconder las cosas, y eso será signo de madurez. Esto calmó a papá y expresó que había que vigilar más los juegos y

travesuras de su hijo.

Pasó el tiempo. El niño, que jugaba con el duende Crispín, fue un adulto y dejó de ver a su amiguito. “Lo pasaba muy bien y era muy entretenido - se dijo-. Solamente era imaginación”.

Siguieron pasando los años y murieron los condes, murieron los hijos de los condes y los nietos de los condes (todos muy viejos, porque eran humanos). La familia de los duendes siguió viviendo en la mansión, pero ahora estaba abandonada.

El ayuntamiento la compró, restauró la ruinoso mansión y la transformó en un museo de pintura. Llegaron valiosos cuadros de todas partes del mundo y la familia de los duendes tuvo el privilegio de estudiarlos y gozar con ellos.

Aquí termina el cuento del Duende del Ladrillo, el cual formó una familia y vivió en un palacio de nobles, que, posteriormente se transformó en un museo de pinturas. Ustedes pueden visitarlo. Es un gran museo, y en él, ¡habitan duendes!

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airoлга
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templo Curativo de Yi Sheng
- 122 El soldado ruso
- 123 El taco
- 124 El Vendedor ambulante
- 125 El viaje del Científico a la Isla de los Diamantes
- 126 La Dama Azul
- 127 Congrio a la corneta
- 128 El Jabalí Rinoceronte y El Palacio de Oro
- 129 El Elefante de Plata
- 130 Insólito despertar
- 131 El Gallo verde
- 132 Jack in the Box y la Diligencia Transparente
- 133 El Afilador de Cuchillos
- 134 El Ratoncito de Oro
- 135 El Molino de agua y el retrato de Cecilia Gallerani
- 136 El Árbol de Navidad
- 137 La veleta de la casa del vecino
- 138 La Granja
- 139 El marcapaso cerebral
- 140 Dos hechos inexplicables y uno no.
- 141 Los singulares ojos de Fly Mosquiati.
- 142 La alfombra blanca.
- 143 El Puente
- 144 La Barcaza de pan
- 145 La Mansión de las Hadas
- 146 Una especial celebración
- 147 Sofia Andrea y el abuelo volador
- 148 AORATI GYNAIKA
- 149 El Duende del ladrillo
- 150 El Gigante y su hijita



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.